

ces, virtuales, de aleve historicidad eco-gráfica. ¿Por qué los intelectuales chilenos tienden a obviar la aleve trayectoria de esas criaturas? ¿Por qué no reconocer en ellas el inicio de la producción social autónoma de la nueva realidad, la reproducción y despliegue de la carga positiva que nutre hoy como nunca antes la memoria social del «bajo pueblo»? ¿Por qué detenerse tanto en esculpir hasta el último detalle la mitificación negativa del enemigo, en construir la neutralización mítica de los errores propios y apuntar todo el tiempo al polo negativo de la lucha?

Con ser y todo un trabajo notable, el posicionamiento epistémico de Moulian —la atalaya multidisciplinaria del intelectual clásico que reflexiona sobre la historicidad presente— y el blanco de su ejercicio crítico (la desmitificación de los errores políticos pasados y presentes), contribuyen a cartografiar con nítida pre-

cisión el magnetismo antagónico que estructura hoy la memoria pública en Chile, pero no sustentan historiológicamente los rebotes transliberales que se proyectan, día a día, desde la memoria social (popular), sobre todo desde la «losa anónima» que construyeron los actores populares entre 1978 y 1992.

El ensayo de Moulian culmina y cierra, sin lugar a dudas, el ciclo de los «ensayos historiográficos» que definieron las antinomias de la espúrea transición política a la democracia. Pero también, indirectamente, inaugura el ciclo de los ensayos historiológicos que contribuyan a desplegar y desarrollar, como un producto social, lo hecho hasta aquí por el «ensayismo oral» que hace ya más de una década ha estado practicando la masa popular en el marco de una «transición ciudadana» que apunta a un futuro modelado por el pueblo mismo.

CÓMO SE LLEGA A SER LO QUE SE ES

Willy Thayer

A medida que uno se interna en la lectura de este libro, bajo el compromiso de emitir un juicio y proponer una lectura posible, constata, mientras avanza en la lectura, cómo la superficie del texto va siendo colonizada por anotaciones, subrayados, y demases. Inerme, como un cataléptico en su almidón de negro contra blanco, el pobre libro va siendo arrasado, re-escrito, producido por la lectura. Así, al llegar a la última frase «ahora quiero acordarme del porvenir», frase con la que el libro se cierra sobre sí, queriendo abrirse, a la vez, más allá de sí mismo —incidiendo en una historicidad esperanzadora— pareciera que

ya no hay cómo diferenciar lo que el libro «dice», de lo que la lectura que uno ha hecho «dice» que el libro dice. Pero se sabe, sin embargo, que una lectura, no es más que una lectura entre otras. El silencio impávido del libro sobre la mesa de disección, habla de las lecturas que se reserva, de lo no dicho en lo dicho incluso para el propio autor. Y desde esas posibilidades que se guarda te mira lacónicamente, marcando la diferencia entre su significante y los significados que uno le roba o le regala a medianoche. Pero si el libro escapa a una interpretación, no puede escapar, sin embargo, al devenir de sus

lecturas. Cualquier libro, entonces, uno más que otro, se da a leer. Pero ninguno se da entero.

El libro de Moulian es, será, el devenir de sus lecturas. Y ese devenir comenzó el día de su lanzamiento. Lanzamiento que Moulian no quiso como escenario protocolar, sino como espacio debate. Lo cual habla de Moulian, pero también del libro. Como si el libro estuviera de acuerdo con Moulian, como si le hubiera pedido nacer como debate en un contexto, el «Chile actual» donde lo que se había venido imponiendo es la performatividad del consenso. Y en efecto, lo que parte por décimos a nosotros, los chilenos de actualidad —y cada cual, en su fuero interno, sabrá como le calza esta categoría odiosa— es que el «Chile Actual» se erige también sobre el silencio planificado, los olvidos pactados, la no integración del pasado en el presente, la voluntad de incompatibilizar el futuro con la memoria, la carencia de palabras comunes para nombrar lo vivido. Dice que el país actual se sostiene sobre una injusticia política y moral y un duelo no realizado. Que padece, bajo su epidermis triunfalista, un daño sordo, heridas inconscientes que salen a la superficie históricamente travestidas como euforia triunfalista y nacionalista, imágenes de competencia y competitividad entremezcladas con el pesado silencio de las medias palabras, afirmaciones que disfrazan lo que se piensa o se sabe, la deuda de una traición que, como acontecimiento reprimido, sostiene una actualidad que se clausura a su propia genealogía. Traición de las identidades o diferencias ideológicas, traición de las biografías, de las filias y las filiaciones.

¿De qué trata, pues, este libro? ¿Para qué trata de lo que trata? ¿Cómo, en qué registro lo hace? ¿En qué tono o moralidad se erige? ¿A quién le habla? ¿Hay bajo su refunfuño una lectura intempestiva que traspase la post-dictadura? ¿Cuál

es su presupuesto? Este libro habla, se propone hablar, como su título nos lo indica, de la actualidad, de «nuestra» actualidad. Sin embargo, esta «nuestra actualidad», antes que un objeto de análisis es un «estado de cosas» general donde toda práctica y quehacer analítico, incluida la de Moulian —y la mía comentando a Moulian—, se inscribe y hunde sus condiciones de posibilidad. La erección de un «discurso» contra la actualidad, cuenta ya con la actualidad como el suelo, el presupuesto desde el cual se erige, así como el nadador que intenta avanzar contra la corriente, requiere de la corriente y la presupone en cada brazada que da contra ella. Porque ir contra o a favor de la corriente, es, antes que nada, ir «en» la corriente. La cuestión de la lectura que el libro hace del Chile actual se decide, entonces, en el alcance de su operación, esto es, si se constituye como un hecho de actualidad que circula y se distingue en medio de las proliferaciones en que esta se cursa; o si logra un plus, una diferencia con la actualidad, acontece como lectura que se transgrede en su curso interrumpiéndola.

La crítica de lo actual, parece saberlo Moulian en cada instante de su texto, no se origina en un afuera trascendido de la actualidad. Pero tampoco en un simple adentro. Y aquí comienzan los problemas. La crítica de la actualidad presupone que, al menos en algún punto de lo actual, prevalece algo inactual que permite hablar, en lo actual, de o sobre lo actual; y no meramente escribir crónicas, reportajes o críticas de actualidad que se agotan en la coyuntura de los hechos y posicionamientos al día. Hablar de lo actual presupone, como condición *sine qua non*, un mínimo de autonomía, una paranza desde donde leer intempestivamente la actualidad de lo actual, sin estar cabalmente leído por ello. Y Moulian supone dar con ese mínimo en este libro. Lo inactual, lo intempestivo

desde donde Moulian lee la actualidad es aquello que en medio de la actualidad brilla por su ausencia: 1) brillan por su ausencia, los desaparecidos, la lengua muda, irrepresentable, no cambiante, no negociable de los desaparecidos, lengua avisorable en el cuerpo opaco, la alegoría viviente de los familiares de las víctimas de las torturas y de los crímenes del autoritarismo. 2) La miseria absoluta, la lengua muda de la demanda absoluta, es decir, aquella demanda que no tiene el capital representacional mínimo para concurrir al intercambio. 3) Lo perdido en lo ganado, o lo «desaparecido», a saber, la economía, la salud, la ideología, la política, la educación estatal modernas. 4) La experiencia del Golpe militar reprimida en las narraciones chovinistas, en el blanqueo y eufemización de la firma «Pinochet». Firma rutilante y vergonzante, al mismo tiempo, firma de la traición como siniestro (*unheimlich*) que dio lugar a una eticidad, a la nuestra actual, que liberaliza la divergencia en el consenso.

Ese estado de cosas que la palabra «actualidad» refiere es, al mismo tiempo, un estado de lengua, un modo de hablar, un modo de leer y, por sobre todo, un modo de comprender y de sentir, una sensibilidad, una estética. Esa habla, esa estética de posdictadura está hegemónicamente sancionada por las ciencias sociales al comienzo, y por las ciencias de la comunicación, las ciencias administrativas, la informática, la telemática, el saber del marketing y de la publicidad, posteriormente. El lenguaje de «la vida real», el horizonte de comprensión en que se dispone y nos dispone la actualidad, el modo como ella se habla hegemónicamente y se hace hablar, proviene de estas lenguas, que construyen la comprensión y la sensibilidad media de todas las cosas. Poderosas lenguas, ejecutivas y ejecutoras de un sentido común, de un sobreentendido a partir del cual se ufa-

na el triunfalismo oficial. Poderosas lenguas pero, según Moulian, escuálidas y mezquinas, faltas de curiosidad, porque oyéndose sólo a sí mismas y denostando como barbarie lo que no habla como ellas, ejercen una dictadura efectiva de la comprensión. Lenguas poderosas y escuálidas que, teniendo a favor el viento de cola del mercado post-estatal, no sienten roce ni límite alguno, no saben de sí, y se autoclausuran complacientemente como lengua de la vida real, como lengua universal. Y en cierto modo lo son, puesto que su circulación coincide con la actualidad.

El libro *Chile Actual: anatomía de un Mito*, se dispone a hablar de lo reprimido, del «revés de un derecho». Pero ¿en qué idioma hablar lo reprimido? ¿Cómo hablar lo olvidado, ese vano de muerte que rodea la brillantina del Chile Actual? Dos serían las lenguas a la mano de Moulian. La primera de ellas es la lengua profesional que ha contenido a Moulian durante largo tiempo, y respecto de la cual él se declara en crisis; lengua a la cual se dispone, ahora, en este texto, a traicionar en parte, a saber: la lengua de la sociología y de las ciencias sociales. En segundo lugar, el «neo-ensayo hermético», al cual Moulian declara haberse aproximado con curiosidad e interés, en el contexto de la búsqueda, su búsqueda, de una «nueva piel» o «nueva lengua». Ambas lenguas fácilmente encontrables en el mercado lingüístico. Respecto de ambas, Moulian toma distancia, porque cada una a su manera, dice, representa la impotencia para re-significar o nombrar la actualidad. La de las ciencias sociales, que con su lenguaje eminentemente cambiario, congelado en arbóreos marcos teóricos y cuadros estadísticos, con sus pretensiones de objetividad sostenida en las frágiles pruebas del convencional artificio categórico, con su exceso de transparencia funcionaria, no hace más que trivializar todo lo que refie-

re, volverlo moneda corriente comunicativamente estéril. Y la lengua del neo-ensayo que resignifica demasiado, tortura excesivamente el habla experiencial volviéndola desproporcionadamente «extraña», cayendo en lo rebuscado de neologismos bibliográficos y en el enigma de escasa audibilidad.

Moulian intenta, dice, una lengua híbrida, a medio camino entre ambas, pretendiendo transitar desde un «espíritu geométrico» a un «espíritu de finesse», porque es preferible «enfrentar los peligros del exceso retórico antes que el vacío de la pulcritud; las ambigüedades antes que el helado rigor de un saber redondo; la insinuación a la demostración». El futuro de la escritura sociológica añade —futuro del cual este libro sería un adelantado— se encuentra en el *bricolé*, que sería lo más indicado, según Moulian, para «reconstruir un mundo de vida trastornado por torvos sucesos, crueldades y heroísmos, cambios culturales, olvidos y mitos, por la destrucción del Estado y de otras transformaciones». El lenguaje de las ciencias sociales no alcanza para hacer comprensible esta «odisea de creación y crueldad, de innovación y castigo», ni menos para desmontar el compulsivo esfuerzo amnésico que blanquea la paternidad, el linaje, la firma de la actualidad. Si algo caracteriza a la voluntad crítica de Moulian, es su exigencia de ajustarse a escena, de calibrar los instrumentos de la crítica al asunto criticado. Si la red es demasiado grande, el pez podría escapar. No se consigue mucho criticando la actualidad con instrumentales demasiado extrañantes. Sé crítico, dice Moulian, pero que tu crítica sea audible, que tenga referencia a la acción y a la sociedad en que resides. Si me desobedece serás castigado por la fría recepción que tendrán tus pretendidos descubrimientos cuando sean comunicados. Sé crítico y audible al mismo tiempo, pero

en ningún caso funcionario de la transparencia. Así, el bricolé genealógico de Moulian se propone sus propios límites, demarca su territorio de eficacia y audibilidad, según el destinatario que se promete. Ese destinatario seríamos «nosotros», los chilenos de la actualidad. Se trata, pues, de criticar manteniéndose en el borde de la ecúmene o audibilidad pública. Así, hacia finales del libro, Moulian declara, por ejemplo, haber recurrido al modelo crítico de la genealogía nietzscheana. Pero declara, a la vez, haberlo hecho con precauciones específicas. Porque la genealogía de Moulian tiene metas y objetivos precisos —cosa que la genealogía de Nietzsche desmonta. Objetivos y metas que exigen detener el monstruo especulativo en el justo punto en que se paraliza la posibilidad de escucha del oído medio. Proponiéndose un lector amplio, el libro calcula un tipo de crítica de la actualidad en una lengua actual, comunicativa y representacional. Porque se trata de decir lo que no se dice, y que se «oye» que no se dice en la actualidad. Y decirlo según las cosas «se» dicen. No sería la actualidad del decir, sino lo literalmente dicho o no dicho, los contenidos abiertos o censurados de esa actualidad, el objeto de la crítica de Moulian. Más que la lengua de la actualidad lo que critica Moulian, entonces, es un barrio de esa lengua, ciertos contenidos manifiestamente reprimidos en ella, «secretos a voces» cuya ocultación eufemiza la historia efectiva de la dictadura en la transición, cuestión que no se había hecho y que dota de necesidad a su libro. Hay pues, en el libro, una crítica y una renuncia a la actualidad. Moulian asegura con ello una recepción amplia de su crítica regulándola como un «hecho», un plus de la actualidad en la actualidad

Insistamos brevemente en este punto. Si la actualidad es también aquello que llamamos «circulación», el libro de Mou-

lian fue escrito, antes que nada para circular o en vistas de la circulación, para el intercambio antes que para su interrupción, cosa que habría logrado de manera espectacular, al punto de confundirse, a ratos, con la circulación misma. Pero fue escrito también, según él mismo dice —aunque lo que dice no tiene importancia por sobre lo que hace— para criticar la actualidad, esto es, para interrumpir la circulación. Digámoslo así, se quiso como objeto que circula pero que en su circulación interrumpe, critica la circulación misma. Se quiso en la circulación como algo que no circula e interrumpe el flujo de la actualidad, haciéndola visible desde una transgresión. Se quiso fuera de las relaciones de producción, esto es, de asimilación o apropiación de la actualidad. Pues bien, este segundo deseo del libro, no se cumple o se cumple menos. El libro circula, se integra a la actualidad, pero en vez de interrumpirla haciéndola visible desde una transgresión, la completa, la clausura, recopilando los «secretos a voces» de la transición.

Caigamos en un momento del libro para ejemplificar la genealogía de Moulian. Caigamos en un subcapítulo del capítulo segundo titulado: El Consenso. ¿Cómo se forjó el consenso? ¿Cuál es su historia olvidada? «El consenso actual es la etapa superior del olvido». Más aún, es «la decisión del olvido absoluto», decisión de «blanquear» la memoria, la historia efectiva del Chile actual. Porque la condición milagrosa del Chile de hoy, sólo es posible sobre la base del olvido de su génesis. Es necesario, es necesario para la izquierda, es una necesidad que sólo tiene lugar en la izquierda, recordar cómo llegamos a ser lo que somos, resistir la «decisión» de ese olvido en favor de lo reprimido en el recuerdo. Ésta, creo, es la política de izquierda que sugiere Moulian frente al consenso, propuesta de una polí-

tica genealógica y sectorial de la izquierda, y sólo de la izquierda. Más concisamente, la izquierda, si algo quiere decir hoy esa palabra, la izquierda es esa fatalidad —hecha decisión— de no olvidar. Todo lo demás es de derecha, es decir, pertenece a la fatalidad, hecha decisión también, del olvido. Y ¿qué sería, o de qué sería el «centro», aquello que sin ser la decisión de recordar, ni la decisión de olvidar, se pliega sin decisión a la política de blanqueo y represión de la memoria y de lo olvidado en ella?

La izquierda es, pues, el interés de volcar la actualidad hacia su procedencia, de tensar políticamente la memoria. Porque el pasado, para ella, no es lo que ya pasó, un tiempo terminado y sancionado, como quiere el consenso. El pasado es interés en el pasado, ocupación y preocupación en él, porque desde sus fechas emanan los fantasmas y las expectativas que se nos abren como presente y porvenir. Contra la historia como lo que ya pasó se erige la pasión historiográfica —así la llama Moulian— de exhumar lo inhumado en el olvido. Esa exhumación es, a la vez de una vuelta atrás, una lectura del pasado, una interpretación e intervención en el pasado que altera el presente y sus expectativas. Sin embargo, la vuelta en Moulian tiene los límites que él mismo ha prefijado para esa vuelta, a saber, una vuelta que lingüísticamente se atiene a la circulación, al tímpano de una actualidad donde esa vuelta habría de verter sus efectos. De tal modo que la genealogía del Chile Actual se cuida no herir el tímpano o la condición de la actualidad. Y en este sentido, su crítica pertenece a esa condición, a la condición de la transición, es decir, de la dictadura. Moulian recuerda, y uno recuerda con él, que en su origen, el consenso consistió en dejar provisoriamente a un lado las divergencias ideológicas, los intereses políticos, y las deudas sin fin,

con la finalidad de forjar una unidad formal, tan vacía como indispensable para la salida de la dictadura. Tuvo así nacimiento general la política «pepedeista». El consenso fue, primeramente, efecto de un sacrificio, de una renuncia y una postergación, indispensable aunque provisoria, de la propia diferencia o identidad ideológica. Pero también el consenso fue la conminación momentánea a ese sacrificio, la táctica obligada de aceptar cambios mínimos para la reinauguración democrática. Sin embargo, poner la identidad o la diferencia aparte no resultó, en absoluto, un asunto inofensivo. Bastó que se soltara o traicionara por un momento la identidad ideológica o diferencia política, para que se la llevara definitivamente el temporal del mercado abierto y las pusiera en el juego del intercambio mercantil. Desujetarse de lo ideológico —¿cómo si no, en aquel entonces?— y sujetarse a la pragmática de un intercambio político instrumental, cuyo sujeto es el «valor de cambio», parece haber constituido el momento final, la muerte definitiva del Estado nacional moderno como centro de la tensión y el conflicto ideológico. Poner las identidades (diferencias) sobre la mesa y renunciar a ellas para generar una distensión provisoria fue transitar de lo ideológico a lo operacional, subordinar definitivamente lo ideológico a lo efectivo. Ocurrió, entonces, un cambio de significante en la política. Del significante ideológico se transitó al significante «cambiarío»; de la sujeción ideológica a la (des)sujeción mercantil. A partir de entonces, la circulación y el intercambio ideológico no se constituirán como principio de conducción de la acción, sino como retórica subordinada a las operaciones cambiarias que resuelven problemas al interior de los flujos, sin preocupación por el sentido del fluir. A partir de entonces, «la política ya

no existirá más como lucha de alternativas ni como divergencia sino, dice Moulian, como historia de pequeñas variaciones, ajustes, cambios que no comprometen la dinámica global». El consenso confirma la transición desde una subordinación provisoria de lo ideológico a la pragmática cambiaria, a una subordinación definitiva. A partir del consenso las ideologías y diferencias en tanto circunscritas en la condición del mercado lingüístico son «bienvenidas» a festejar el pluralismo. Porque ya no inciden, ya no son «sujetos» de acción, sino objetos del mercado.

Haber dejado las ideologías provisionalmente aparte, haber supeditado momentáneamente las fronteras filiales a una pragmática desdramatizada permitió el advenimiento de lo limitado, lo no ideológico, la facticidad del intercambio como principio de conducción de la política. Y quisiera, sobre este punto, para cerrar, abrir una diferencia con Moulian a propósito del «Chile Actual», como un Chile copado por una ideología, como él dice. Un punto de poca audibilidad, probablemente, pero de relevancia analítica y, por tanto, política. El asunto pasa por la no tematización, de parte de Moulian, del concepto «actualidad», la omisión de una crítica del concepto que organiza su ensayo, a saber, el concepto de actualidad. ¿Qué es la actualidad? ¿Qué es lo actual de la actualidad, entonces? No es el interés de Moulian abordar esta cuestión, porque, como venimos sugiriendo, este asunto escapa a las condiciones de representacionalidad auditiva —por dirigirse al oído mismo, a la condición inaudible de lo que se puede escuchar o silenciar— y se hunde en el «hermetismo» que en su libro Moulian quisiera vadear. Chile Actual desvuelve su operación en el orden de las representaciones reprimidas y manifiestas de la actualidad, favoreciendo el retorno de las reprimidas, pero dejando intocada,

a la vez, la condición misma de esa actualidad. Sigamos entonces.

Según Moulian la crisis de la política, en Chile, proviene de la falsa muerte de las ideologías, falsa muerte perpetrada por una ideología hegemónica que pretende la tecnificación de la política y encarga de pasada, la subsunción de las ideologías alternativas a ella. Tal ideología hegemónica, para este autor, es «el neoliberalismo». La crisis de la política es, en el Chile de hoy, la imposición de la ideología neoliberal. Decimos al revés de Moulian: la actualidad no es el despliegue de una ideología, sino algo peor. Si fuera sólo una ideología, sabríamos qué es aquello a que nos enfrentamos y que tan prepotentemente «nos» enfrenta. La actualidad más que el despliegue totalitario de una ideología, sería la «verdad» no ideológica de toda ideología. Y la verdad no ideológica de toda ideología es —y aquí el lenguaje pierde oxígeno— que las ideologías no son, nunca fueron, salvo ilusoriamente, el principio de conducción de la acción. Que ellas son, siempre fueron, sin saberlo, instrumentos de despliegue de esta actualidad posideológica que recibe nombres tan variados como: capitalismo tardío, capitalismo posindustrial, economía moderna consumada, capitalismo mundial integrado, acontecimiento del nihilismo, etc.

A la actualidad no le sería esencial ninguna ideología. Decimos esto al revés de lo que piensa Fukuyama, y que Moulian comparte, aunque en una posición completamente opuesta. Lo actual ha llegado a ser lo que es mediante dictaduras de distinto signo. Las ideologías, las luchas ideológicas y anti-ideológicas, habrían sido un medio efectivo para el afianzamiento posideológico de la actualidad. Chile Actual, y esto podría predicarse de cualquier lugar en la globalización, sería una superficie cambiaria que reverbera esencialidades, eticidades, estéticas, se-

xualidades, epistemes de intercambiabilidad usuaria, produciéndolas y disponiéndolas así o así según el requerimiento eventual. Un significante cambiario que ora produce, ora pone en crisis la cualidad, la identidad, la moralidad que produce y la que pone en crisis. Y así lo dice, me parece, el propio Moulian, cuando señala que lo característico del consenso es que funciona sin ideologías, sin divergencias ideológicas, o donde las divergencias se han subordinado a la pragmática cambiaria, y lo ideológico se ha convertido en un medio, no en un fin. De ahí que sea el consumo y el crédito, como dice Moulian, la fuente concreta de sentido del neoc Ciudadano. Y que el pago de cuentas, sea su único espesor de historicidad.

La actualidad adopta, entonces, no la forma de un blindaje, identitario por lo mismo, y totalitario, ni la forma de un sistema indescomponible, una ley única sin perforaciones ni rupturas. La actualidad se ofrece como pura brecha, perforación y ruptura, y se caracteriza por la descomposición permanente de sí misma. Es la informalidad y discontinuidad de lo «actual», su propensión a la fractura y al aflojamiento, a dejarse afectar e infectar, lo que anestesia cualquier lengua crítica, la vuelve amigable en cuanto asoma en el umbral del supermercado. Es conminatorio, creo, pensar la posibilidad de la crítica en un contexto donde lo criticado, la actualidad, es informe, inverosímil y sin aspecto, aunque milímetro a milímetro nos proponga exigencias y cosméticas perentorias y estresantes, y parezca erigirse ideológicamente, en cada caso, en defensa y promoción de valores morales o ideológicas conservadoras. Es en el contexto de la informalidad y la inverosimilitud del nihilismo cambiario, donde la promoción de estampitas morales y principios de censura no logran contener el esfínter abierto del significante cambiario. Es en este contex-

to donde ha de conjugarse la cuestión de la posibilidad de la crítica hoy, posibilidad que necesariamente tiene que adentrarse más allá, o en el límite de lo representa-

cional y del sentido. La autonomía, en este caso, es una condición de lectura o de la crítica, más que su promesa, es decir, partido por la democracia

COMENTARIO

Tomás Moulian

Se me ha pedido que, en diálogo con los textos de Thayer y de Salazar que preceden mi comentario, vuelva a pensar sobre mi libro *Chile Actual: anatomía de un mito*, publicado en 1997. Para un autor, enfrentarse a un texto que hace tiempo se ha hecho público y que ha creado, por tanto, su tramado autónomo de significaciones, es enfrentarse con algo que ya tiene miles de vidas que no le pertenecen, puesto que le han sido proporcionadas por la lectura de otros.

Con una sensación de ajenidad me enfrento a este libro para cuya producción viví un largo tiempo, ya que fue una escritura que ocupaba como pasión absorbente mis días y parte de mis noches. Al elaborar el ensayo histórico sobre el Chile Actual y su genealogía, estaba escribiendo también mi propia autobiografía política.

No me extraña la sensación de distancia y despojamiento que describo. Siempre he creído que un libro se escribe para olvidar, sobre todo cuando uno de sus niveles tiene como trasfondo las experiencias de la culpa, del miedo, del coqueteo con el peligro y sus impredecibles consecuencias, de las ilusiones políticas frustradas. Desde la experiencia del Funes de Borges, sabemos que el olvido es una de las funciones de la memoria, una que en ocasiones puede ser de sanación.

El libro que comento no sólo da cuenta de los acontecimientos históricos que han marcado a Chile desde la Unidad Popular hasta 1997, también da cuenta del doloroso descubrimiento personal de una derrota política, escondida hábilmente tras los oropeles de una victoria. Es a través de la escritura del libro que canalizo y elaboro el desgarramiento interno que me produce esta transición sin tránsito, este pasaje clausurado hacia la democracia. Transformando este desaliento en discurso, puedo olvidar, porque el dolor se ha objetivado en un libro. La función del libro es la de un receptáculo, de un lugar donde se puede depositar el desasosiego, para no andar más cargándolo encima. Este olvido del dolor es posible porque el libro produjo un proceso de politización de mi propia subjetividad. Al escribir el libro logro estructurar discursivamente mi malestar, esta angustia por una post-dictadura que no ha alcanzado todavía la estatura de una transición. Logro sacar de las brumas mi propia política, enfrentándome de una manera histórica con el presente.

El olvido es, en este contexto, la elaboración política que me permite superar la melancolía. La superación de esa tristeza invalidante me es permitida por el libro, a través del cual salgo de mi propia impotencia de actor frustrado, de participante